843
O,
PQ 2378
.O3
C68

Es propiedad.—Derechos reservados

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de Fortanet, Libertad, 29.

Las batallas de la vida

La Conquistadora

PRIMERA PARTE

I

Por su gabinete, colgado de valiosos tapices que resaltaban sobre el tono obscuro de las maderas talladas, el Sr. de Prévinquieres paseaba lentamente de una ventana á otra acordando sus pasos con el acompasado tic-tac del reloj, que llenaba uno de los ángulos de la habitación.

Sumido en inquietantes reflexiones continuaba su paseo desatento al magnífico panorama que los valles del Loire y los collados de Tours le ofrecían por la ventana de la derecha, y al animado cuadro de su fábrica en plena actividad, al que servía de marco la ventana de la izquierda. Su rostro reflejaba honda preocupación, y hubiera continuado indefinidamente su paseo si la puerta no se hubiese abierto para dar paso á

un joven alto, de unos treinta años de edad, que llevaba un legajo de papeles debajo del brazo. Prévinquieres fijó en el recién llegado una mirada recelosa; se acercó al *bureau* Luís XIV, incrustado de bronces dorados, y sin decir palabra se sentó. Luego, con gesto que revelaba un gran abatimiento, señaló una silla al recién llegado, y se decidió á hablar con una voz doliente.

—¿Me trae usted el último balance, Valentín?

—Sí señor; se ha cerrado con setecientos mil francos de beneficio.

Prévinquieres movió la cabeza como si hubiese acabado de recibir la noticia de un nuevo desastre y miró tristemente al que acababa de pronunciar tan halagüeñas palabras. Era éste un joven vigoroso y moreno que vestía traje ancho de color obscuro. Su rostro grave estaba esclarecido por unos ojos penetrantes y observadores; barba castaña y muy espesa cubría sus mejillas, y sus manos, fuertes y callosas, denunciaban antiguas costumbres de rudo trabajo. Sin embargo, una distinción natural emanaba de toda su persona, y vestido sin gusto, mal peinado y con la barba en desorden, producía la impresión de un hombre de valer. Prévinquieres hizo todas esas observaciones, y señalando un rincón del *bureau*, dijo con tristeza:

—Deje usted ahí esos papeles; muchas gracias.

Hubo un momento de silencio.

Los dos hombres se miraban cohibidos. El sol, reflejando en el *bureau*, barnizado, parecía saludar los papeles traídos por Valentín. La luminosidad, que cernían los cristales, coloreó los papeles de amarillo, verde y rojo.

—¿Es este el último balance que cerramos juntos?—preguntó con doloroso acento Prévinquieres.

—Por ahora, sí señor—contestó Valentín Raynaud—; pero como al separarme de usted no sé cuál será mi porvenir, si cuando vuelva me quiere abrir de nuevo las puertas de su casa...

Al oir estas palabras, Prévinquieres se irguió en su butaca, y golpeando los papeles con la palma de la mano, dijo encolerizado:

—¿Porqué se va usted? ¿Quiere decírmelo de una vez?

—No es ningún misterio—contestó Valentín con calma—; creo que lo he explicado ya y que he dado cuantas razones podía dar. Hace mucho tiempo que tengo mucho afán por viajar. No he visto nunca nada. Mi juventud entera la he pasado en esta fábrica y he consagrado toda mi actividad á dirigirla. Hoy que los negocios de la casa van á pedir de boca, que he encontrado un director con aptitudes suficientes para reemplazarme y que estoy convencido de que no soy indispensable, como usted me había hecho creer, recobro mi libertad; me voy á América, en donde estudiaré la gran industria...

—Entonces, ¿nosotros hacemos la pequeña?—interrumpió con amargura Prévinquieres.

—No digo eso en absoluto; pero sí que al otro lado del Océano se dispone de elementos que nosotros no conocemos para llevar á feliz término empresas colosales.

—¿Le alucinan á usted los *trusts*?

—De ningún modo. Antes considero que esos monopolios son abominables desde el punto de vista social, y muy peligrosos desde el económico. Mas en todo esto hay problemas industriales y financieros que para poderlos juzgar es preciso estudiarlos de cerca. Ni los libros, ni los periódicos, pueden ilustrarnos con exactitud. Quiero ir á un gran centro obrero, Pittsburgo, por ejemplo, y ver lo que se hace allí. Quiero darme cuenta de cómo se verifica la producción, y de los medios de que disponen los que nos hacen la competencia con tan gran ventaja. Seguramente sacaré enseñanzas muy provechosas de todo esto, y á mi regreso le propondré reformas que cambiarán totalmente su industria.

—A su vuelta... ¿Volverá usted? Desde el momento en que me deja después de una colaboración de veinte años, hace ya veinte años que entró usted en mi casa, siendo aún muy niño, traído por su padre, tengo motivos para creer que no volverá nunca.

Los dos interlocutores guardaron silencio. Valentín bajó los ojos para que no se viese que se le llenaban de lágrimas, y Prévinquieres, suspirando, agregó con voz temblorosa:

—¡Valentín! Es usted un ingrato...

—¡Yo!—exclamó el joven con energía.—Usted no lo cree; es imposible que piense usted semejante cosa.

—Entonces, ¿cómo quiere usted que juzgue su inexplicable resolución?—repuso con vehemencia Prévinquieres.—Usted es un hijo de la casa. Cuando su padre murió, demasiado pronto para su amante hijo y demasiado pronto para mi amistad, que tenía en él un colaborador cuya abnegación sabía apreciar, traté á usted como si hubiese sido un familiar mío. Estaba usted todavía en el colegio y le hice continuar sus estudios hasta terminarlos. Cuando salió de la Escuela Central le puse al frente de mi fábrica y le dí una participación en los beneficios. Carecía de experiencia, pero era el hijo de su padre y tenía por esto grandes derechos á mi reconocimiento; me sentía dichoso haciendo en obsequio de usted todo cuanto hubiera querido hacer por él. Ha crecido á nuestro lado, entre mi hijo y mi hija, y siempre ha sido tratado como ellos y considerado como su hermano mayor. Su fortuna, fomentada con el trabajo, ha aumentado durante los últimos diez años en la misma proporción que la mía. Hoy me trae usted el balance del año. Acusa un beneficio total de setecientos mil

francos. ¿A cuánto asciende la parte que le corresponde á usted?

—A ciento cincuenta mil.

—¿Cuánto tiene usted hoy?

—Muy cerca de un millón doscientos mil francos...

—Los ha ganado usted bien, le pertenecen legítimamente, y me alegro muy de veras de verle independiente, por más que use de su independencia para abandonarme.

Valentín se estremeció al oir este reproche; agitóse en su silla, sus labios se entreabrieron como si fuese á hablar, pero una fuerza más poderosa que el deseo de disculparse le obligó á cerrarlos de nuevo, y bajó la cabeza sombrío y silencioso.

—¿Cuándo piensa usted marcharse? —le preguntó Prévinquieres.

—A fines de semana...

—Me da usted ocho días de tiempo, como cuando se despide á un criado.

Esta vez Valentín no pudo contenerse. La dureza de aquel hombre le pareció imposible de soportar, y abandonando la lucha que sostenía para seguir siendo dueño de sí mismo, rompió á llorar. Era un espectáculo conmovedor ver á aquel hombre joven y robusto que como un niño daba suelta al llanto. A pesar de su irritación, Prévinquieres se emocionó, y en un arranque de caluroso afecto se acercó á Valentín y le estrechó la mano.

—Vamos, habla al fin—le dijo tuteándole como cuando era niño.—Di lo que te oprime el corazón. ¿Vas á ocultarme la verdad? Créeme, no acierto á comprender las razones que me das. Seguramente en todo esto debe de haber un secreto que te ahoga y que ocultas á pesar tuyo. Por fin te decides á hablar. ¿Qué temes? ¿Crees que no soy hombre capaz de comprenderte, trátese de lo que se trate, y de excusarte si has hecho alguna tontería? Vamos, dime francamente porqué quieres abandonar la casa y alejarte de mí.

Una oleada de sangre subió al rostro de Valentín; sus párpados se cerraron y sus labios se contrajeron, y con voz temblorosa dijo:

—Pues bien, quede usted satisfecho. Me voy porque adoro á su hija, y porque una inmensa distancia nos separa.

Prévinquieres sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

Los dos interlocutores permanecieron inmóviles sin añadir una palabra. Para disimular su inquietud, Prévinquieres se levantó y reanudó el paseo por el gabinete, diciéndose:

—Maldita la necesidad que tenía de haber suscitado esta cuestión. Pero, ¿quién había de figurarse que Valentín se hubiese fijado en Rosa?—Y cambiando bruscamente de ideas pensó:—¿Y porqué no se había de fijar?

No tuvo tiempo de llegar á una conclusión. La causante de aquellas perturbaciones, la señorita

Prévinquieres en persona, acaba de aparecer en el hueco de la puerta, cautivando á los dos hombres con el encanto de su belleza y la gracia de su sonrisa. Era una joven alta, rubia, de facciones perfectas, ojos azules y decididos ademanes. Después de haber dedicado á Valentín una familiar inclinación de cabeza, adelantó hacia su padre y le dijo:

—¿Te parece bien que me vea precisada á venir por ti para hacerte olvidar las delicias de tu inventario? Ya es hora de almorzar. Mi padrino está ya bostezante, y mamá dice que para una cocinera no hay nada más intolerable que tener que servir las comidas con media hora de retraso. Estoy segura de que el culpable de todo esto es usted, Valentín...

Este no había recobrado por completo su sangre fría, pero tuvo fuerzas bastantes para decir sonriendo:

—Tiene usted razón, señorita. Yo soy el causante del retraso de su padre, y tengo la culpa de que haya dejado pasar la hora... Perdóneme... ya hemos terminado.

—Entonces debería usted quedarse á almorzar con nosotros—dijo Rosa con su autoridad de niña mimada.—El barón Duburle le vería con mucho gusto; ya sabe que le quiere muy de veras.

—Señorita, yo agradezco al Sr. Barón sus bondades para conmigo, pero hoy me es de todo punto imposible aceptar; tengo un invitado que me espera...

—¿Su famoso americano? ¿Ese que le juega á papá la partida de llevarlo á usted á América para que visite sus fábricas? Pues tráigale también, y así le veremos de cerca...

—¡Rosa!—dijo vivamente Prévinquieres en tono de reproche.

—¿Te parece mal, papá?—preguntó Rosa con ingenuidad.—¿He dicho una tontería? Por esta vez, Valentín, parece que he hablado demasiado de prisa. Hay que confesar que en el fondo papá siente rencor por su americano. Pero no importa, de todos modos, tráigalo un día de éstos. ¿Es tan rico como se dice?

—Sí, señorita.

—¿Treinta ó cuarenta millones?

—De *dollars*.

—¡Canastos!—dijo Prévinquieres.

—Entonces, Valentín me parece que no debe hacer esperar á un hombre semejante. Vamos, papá.

Y cogiendo á su padre por un brazo le obligó á salir del gabinete, no sin haber dedicado antes á Valentín la más amable y la más graciosa de las sonrisas.

El Sr. Prévinquieres, constructor de máquinas agrícolas, Consejero general y diputado por la circunscripción de Beaumont-sur-Loire, había

adquirido una gran fortuna gracias á su actividad y á colaboraciones tan útiles como la de Pedro Raynaud, padre de Valentín. Hombre siempre favorecido por la suerte, se había acostumbrado de tal modo á ser dichoso, que la más insignificante contrariedad le causaba indecible desolación.

Impresionable por temperamento, se entusiasmaba con la misma facilidad que se abatía, y decidido á evitarse pesares, no se preocupaba de las complicaciones que en su vida podían presentarse.

Necesitaba que en su casa y á su alrededor todo fuese bien, y no ver más que rostros sonrientes en los cuales resplandeciese la alegría.

El infortunio de los otros se le antojaba un atentado á su tranquilidad, y si hacía esfuerzos para remediarlo, no era tanto por amor al prójimo como por asegurarse la paz que le era indispensable para la vida.

Estando aún sujeto á la autoridad paterna, se había casado con una joven perteneciente á noble familia, la señorita Lucía de Jouveins, de la que había tenido dos hijos; un muchacho, Mauricio, y una niña, Rosa. Los había educado y visto crecer sin grandes cuidados, porque sus herederos habían tenido el buen cuidado de no estar nunca enfermos de gravedad. Así había llegado á los treinta y cinco años. Por entonces murió su padre, que le dejó dueño de una muy

regular fortuna y de la fábrica de Beaumont. Dejó también á su lado al capataz Pedro Raynaud, antiguo obrero sin instrucción alguna, pero dotado para la mecánica de aptitudes verdaderamente extraordinarias. Este hombre inteligente había reformado unas máquinas, inventado otras y conseguido colocar la fabricación de Beaumont á una altura de perfección grande y con ventajas económicas considerables que permitieron á Prévinquieres, padre é hijo, luchar con la concurrencia inglesa y americana, hasta el extremo de exportar á los Estados Unidos máquinas.

Raynaud, que siempre vivió entre obreros y sin dejar de vestir blusa, había muerto demasiado pronto para la fábrica de Prévinquieres y para su hijo Valentín. El niño, al quedar huérfano, recogió la recompensa de los servicios prestados por su padre. Prévinquieres había atendido y cubierto las necesidades de la viuda de su capataz, y muerta ésta poco tiempo después que su marido, se había ocupado con verdadera solicitud del huérfano Valentín. Aquel muchacho laborioso y razonable le había cautivado. Los domingos le hacía salir del colegio, y durante las vacaciones se lo llevaba á Beaumont. En cuanto hubo terminado sus estudios lo colocó en la fábrica, pero Valentín supo prestar tan grandes servicios en tan poco tiempo, que Prévinquieres comprendió que en su empleado se reunían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

cuantas condiciones se puede desear para un jefe. Había creído conducirse con liberalidad asegurando el porvenir del hijo de su capataz, y le fué preciso reconocer que había hecho un negocio excelentísimo. El proverbio que asegura que no se pierde el bien que se hace, nunca había tenido tan completa confirmación como en este caso. Mas Prévinquieres había considerado esto como cosa natural, pues acostumbrado á que todo le saliese bien, creía en el éxito firmemente.

Sin embargo, es raro que la fortuna continúe siendo fiel á los que empieza prodigando sus favores, y nada hay más engañoso que los comienzos afortunados. Durante la primera mitad de su existencia, Prévinquieres parecía haber pactado con la suerte. Después, y muy bruscamente por cierto, el camino siempre liso por donde avanzaba se convirtió en accidentado, y las desigualdades sacudieron el carro de triunfo, y los baches le obligaron á inclinarse. Con repentina inquietud, Prévinquieres, que no había pensado nunca en el día de las dificultades, se vió obligado á reflexionar y á combinar medios para defenderse. Antes que Valentín declarase su resolución de alejarse de la fábrica por algún tiempo, Prévinquieres había podido advertir los primeros síntomas con que el destino ponía de manifiesto su volubilidad.

Su hijo Mauricio, que acababa de hacer el servicio militar y se preparaba perezosamente para ingresar en el Consejo de Estado, demostró para enamorarse facilidad verdaderamente excesiva. Su padre tuvo que pagar una fuerte cantidad para librarle de cierta joven á la que había hecho imprudentes promesas, entre ellas la de hacerla su esposa en cuanto cumpliese veinticinco años. Al mismo tiempo su hija Rosa había rechazado con desdeñosas sonrisas partidos muy ventajosos, y como tenía idea tan exagerada de su propio valer, era dificilísimo encontrarle un marido.

Tener un hijo que comete toda clase de ligerezas y tonterías con mujeres alegres, y una hija que se niega á conceder su mano á personas dignísimas, eran causas más que suficientes para ensombrecer el espíritu de un hombre acostumbrado á que todos sus asuntos le saliesen siempre á pedir de boca. De modo que Prévinquieres, al enterarse de que su director, el eje en torno al que giraba la fábrica, se disponía á abandonarle, consideró que era el golpe decisivo, y empezó á creer que en la vida de los hombres hay ciertos períodos en que no todo es de color de rosa. Su carácter igual y alegre se fué agriando, ensombreciendo, y este optimista, que siempre había creído que todo se podía arreglar bien, ahora solo veía nubes muy negras en el horizonte.

Al abandonar á Prévinquieres después de la confesión que se había visto obligado á hacer, Valentín se dirigió á un pabellón situado á unos cincuenta metros de la fábrica y al borde mismo del canal Vesgre que la unía al Loire. Al fondo de un jardincito admirablemente cuidado y lleno de flores, bajo una parra cuyas hojas apenas había empezado á dorar el sol de Septiembre, un hombre de unos cuarenta años de edad fumaba tranquilamente en una corta pipa de raíz de brezo. Al sonar la campana de la verja el fumador levantó lentamente los ojos, y sonriendo al recién llegado le dijo tendiéndole la mano:

—¿Está usted satisfecho? ¿Ha puesto en orden todos sus asuntos? ¿Es usted libre?

—Sí, mi querido Ralph, completamente libre, y dispuesto á marcharme cuando usted quiera.

—Nada nos obliga á apresurarnos. Ante todo es preciso que se conduzca usted según las conveniencias. Una resolución como la de usted no debe tomarse bruscamente.

—Mi querido amigo, es inmutable. Algunas veces, en el orden material, las circunstancias pueden modificar las intenciones, pero en el orden moral, nunca, jamás.

—Nunca y jamás son palabras vacías de sentido—dijo el americano—, y creo que inmutable pertenece al mismo género. Ustedes los franceses razonan gustosos de un modo absoluto y se encierran en fórmulas que han encontrado hechas.

¡Jamás, inmutable!... Fórmulas que no dicen nada. ¿Qué es lo que nos permite decir que una cosa no sucederá nunca? ¿Podemos decir que otra cualquiera no variará? Todo esto es pura fantasía. Si usted dijese que es posible ó probable que tal combinación se presente, bien; pero cortar por lo sano y para siempre... ¡Demonio! He ahí lo que es decisivo.

—¿Cree usted, amigo Ralph, que un blanco pueda llegar á ser negro, y un negro blanco?

—Yo creo que en América se ha despreciado durante mucho tiempo lo negro y considerado lo blanco como perteneciente á una raza superior. Sin embargo, sé que hoy en día esta opinión empieza á variar, y que el Presidente de los Estados Unidos ha sentado un negro á su mesa, cosa que nadie hubiera hecho hace veinte años. Los negros están, pues, en camino de convertirse en blancos, ó lo que es lo mismo, de ser tratados como si lo fuesen. Ahora, y para contestar completamente á su pregunta sobre si los blancos pueden convertirse en negros, le diré que no lo sé, pero que es posible.

—Pues bien; lo que no verá usted nunca es que en Francia, una joven de clase alta, educada en las ideas y en los gustos aristocráticos, se case con el capataz de la fábrica de Beaumont, casi con un obrero.

—Tanto peor. Pero yo quisiera saber algo de la aristocracia de Prévinquieres. Como usted

dice no es noble, es decir, no desciende de ninguno de los jefes de aquellos ejércitos que fueron á devastar los países del Oriente con el pretexto de libertar el Santo Sepulcro, y que se llamaron cruzados, ni de ningún gentilhombre dotado por el poder real de un título que hiciese de él algo así como un criado de la Corona, ni de ningún personaje ilustre que con su genio haya prestado servicios extraordinarios á su país. El Sr. Prévinquieres no es más que un burgués enriquecido con el trabajo de su padre y el suyo propio; un hijo de obreros, y por consiguiente todo lo contrario de un aristócrata. ¿Qué milagro ha hecho de su hija una mujer tan altiva y desdeñosa?

—Si la conociese usted no lo preguntaría. Le hubiese bastado verla para convencerse de que está muy por encima de mí por su gracia, por su elegancia, por su distinción. Amigo mío, no soy de su raza, y por mucho que lo lamente no puedo replicar. Si la viese usted á mi lado quedaría convencido de lo que digo.

—¿Tan extraordinaria es esa mujer?

—Es el encanto personificado. En dondequiera que se presenta atrae todas las miradas, y basta oirla para quedar enamorado. Y no es que sea una belleza sorprendente. Muchas son más hermosas, pero no hay ninguna tan encantadora. Desea gustar, y sin embargo no se puede decir que sea una coqueta. Seduce naturalmente porque la seducción es innata en ella. Sin esfuerzo ninguno, y por la potencia misma de su gracia, se apodera de todas las simpatías. Además, necesita brillar y triunfar, pues solo se siente dichosa cuando es el blanco de todas las miradas. La atmósfera de la admiración le es absolutamente indispensable y recorre el camino de su vida como una joven conquistadora.

—Si este entusiasmo no lo produce la ceguera del amor, las palabras no tienen ningún sentido para mí. Mi querido Raynaud, acaba usted de hacer la descripción de un monstruo admirable. Después de haberle oído, y sin conocer el modelo del retrato, no puedo hacer más que darle un consejo: créame, y no vuelva á ver nunca más á la señorita Prévinquieres. Considere como un favor del cielo que sus ojos se hayan posado en usted con indiferencia ó desdén, pues si por azar le hubiese sido usted agradable y hubiese animado sus ambiciosas esperanzas, correría usted el riesgo de ser el más desgraciado de los hombres. Esa joven me produce el efecto de un ser maravillosamente organizado para vivir en el ambiente ficticio y brillante en que se desenvuelve el gran mundo parisiense. Si encuentra el ser creado para unírse á ella, entrará en ese mundo como triunfadora. Será absolutamente necesario que su compañero sea muy rico y que esté muy bien relacionado en esa sociedad de tolerancia mutua y goces recíprocos que se co-